

HOMILÍA IVº DOMINGO DE CUARESMA – 2015. CICLO “B”

I.- LAS LECTURAS

1.- Segundo Libro de las Crónicas 36, 14-16. 19-23. La ira y la misericordia del Señor se manifiestan en la liberación del pueblo. El pueblo se olvida de Dios, pero Dios no lo abandona. Hay siempre espacio para la esperanza en el ser humano.

2.- Salmo Responsorial 136.- Que se me paralice la lengua y se me pegue al paladar si no me acuerdo de ti, Jerusalén. Que no nos olvidemos nunca de Dios ni de su amor salvador.

3.- Carta de San Pablo a los Efesios 2,4-10. Estando muertos por los pecados, Dios nos ha hecho vivir con Jesucristo. La acción salvadora de Dios es gratuita. Nosotros no la podemos merecer ni conquistar con nuestras fuerzas. “Por puro amor de Dios hemos sido salvados por Él.

4.- Evangelio según San Juan 3,14-21. “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna. Porque Dios no mandó a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por medio de Él”.

II.- SUGERENCIAS PARA LA HOMILÍA

1.- ¡Tanto amó Dios al mundo!

En este domingo proclamamos estas palabras del evangelista San Juan que son tan entrañables y tan inmensas que llenan el alma y el corazón de todos: “¡Tanto amó Dios al mundo!” ¡Tanto ama Dios a la humanidad! ¡Tanto ama Dios a cada uno! ¡Tanto te ama Dios!

Decía Santo Tomás de Aquino que “el amor de Dios nada presupone en las cosas que no haya sido creado por él”. “El amor de Dios no es causado por la bondad de las creaturas, como el nuestro, sino que es “causa de la bondad de las creaturas”, ya que “nada puede haber en Dios que haya sido causado”.

Terminamos este apartado con estas palabras de San Juan: “nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él. Dios es Amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1Jn.4,16).

Dios nos quiere y nos ama hasta tal punto que nos ha enviado a su propio Hijo para redimirnos del pecado, de la ley y de la muerte y para salvarnos.

2.- ¿Cómo nos manifiesta Dios su amor?

A.- En la obra de la creación

Decía San Agustín: “amor, ergo sum” – “soy amado, luego existo”-. La creación del universo y del hombre y de la mujer es fruto del amor y de la misericordia de Dios. Dios en su bondad infinita nos ha llamado a la existencia, nos ha regalado el ser. Nos ha llamado por nuestro nombre y nos ha hecho salir del mundo de los posibles al mundo de los existentes. Realmente nuestros nombres estaban escritos en su corazón y en la palma de sus manos.

Dios nos ha creado en Cristo. “Cristo es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en Él fueron creadas todas las cosas, en los cielos y en la tierra (...) Todo fue creado por él y para él...” (Col.1,15-16).

B.- En Jesucristo

El origen y el desarrollo de la historia de la salvación de la humanidad no son nuestros méritos ni nuestras obras, sino única y exclusivamente el amor gratuito de Dios. Ninguna salvación definitiva puede venir de nosotros; toda ella nos es dada por Dios. El amor de Dios es

totalmente gratuito. La misericordia de Dios es más grande que nuestras infidelidades, pecados y faltas.

San Pablo nos recuerda otra verdad inmensa que nunca debemos olvidar a lo largo y ancho de nuestra vida: “la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm.5,8). “El que no perdonó ni a su propio Hijo, antes bien lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas? (Rm.8,32). La obra de la redención del hombre y de la mujer es fruto también del amor gratuito de Dios. Dios no nos ha dejado tirados en la cuneta de la vida ni nos ha olvidado. El amor de Dios no viene a condenarnos ni a castigarnos, sino a salvarnos, a sanar y curar las heridas de nuestro cuerpo y de nuestra alma.

En esta misma dirección, San Juan manifiesta la naturaleza del amor de Dios con estas palabras que debemos guardar en nuestra alma para siempre:

- “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna” (Jn.3,16).’

- “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de Él” (I Jn.4,9).

- “Jesús, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn.13,1)

- “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y nos envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados” (I Jn. 4,10).

- “En esto ha llegado el amor a su plenitud con nosotros: en que tengamos confianza en el día del Juicio, pues como él es, así somos nosotros en este mundo. No hay temor en el amor; sino que el amor perfecto expulsa el temor porque el temor mira al castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor” (I Jn.4,17-18).

Unas preguntas para la reflexión personal y comunitaria:

- ¿Cómo podemos ser testigos de un Dios que nos ama tanto?
- ¿Qué llamadas me hace Dios desde la realidad en que vivo?

3.- ¿Cómo debemos responder al amor que Dios nos tiene?

Acerquémonos a las Sagradas Escrituras y descubriremos cómo debemos responder al amor que Dios nos tiene.

A.- Reconociendo el amor que Dios nos tiene

San Juan nos lo dice con palabras claras: “Y nosotros hemos conocido el amor que nos tiene y hemos creído en él” (I Jn.4,16). Sintámonos amados por Dios. Démosle gracias por su amor para nosotros.

B.- Amando a Dios

“Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él. El que no me ama no guarda mis palabras “(Jn.14,23-24).

C.- Amando a los demás

“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros” (Jn.13,34).

“Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. Quien no ama no ha conocido a Dios porque Dios es Amor” (IJn.4,7-8).

“Queridos, si Dios nos ama de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros. A Dios nadie le ha visto nunca. Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud” (IJn.4,11-12).

“Nosotros amemos, porque Él nos amó primero. Si alguno dice: “amo a Dios” y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano” (IJn.4,19-21).

San Pablo por su parte afirma: “en cuanto al amor mutuo, no necesitáis que os escriba, ya que vosotros habéis sido instruidos por Dios para amaros mutuamente Y lo practicáis bien con los hermanos de toda Macedonia. Pero os exhortamos, hermanos, a que continuéis practicándolo más y más” (ITes. 4,9-10).

“Se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del Cristianismo” (San Juan Pablo II: “Novo Millennio Ineunte”, n.52).

“Para el buen Pastor, lo que está lejos, periférico, lo que está perdido y despreciado es objeto de una atención mayor, y la Iglesia no puede sino hacer suya esta predilección y esta atención. En la Iglesia, los primeros son quienes tienen mayor necesidad, humana, espiritual, material más necesidad” (Visita pastoral a Cagliari. Discurso en el encuentro con pobres y presos. Catedral de Cagliari. 22-IX-2013)..

4.- ¿Cómo debemos amarnos los unos a los otros?

“Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante Él” (I Jn.3,18-19).

“Y este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros tal como nos lo mandó” (I Jn.3,23).

“Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros. En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros” (Jn.13,34).

“Necesitamos una espiritualidad de encarnación que nos haga descubrir el rostro de Dios en el rostro del ser humano y que nos lleve a acercarnos a él e implicarnos en la vida, en el tiempo, en la historia del hombre. Una espiritualidad de encarnación que nos ayude cada día a amar al otro sabiendo que al ser humano no se le salva desde fuera, sino desde dentro y no se le salva desde arriba, sino desde abajo, como hizo Cristo en su encarnación. Para salvarnos se acercó a nosotros, vino a vivir con nosotros y entre nosotros, haciéndose hombre como nosotros. Como dice un clásico principio soteriológico: “solo se redime lo que se asume”. Dicho con otras palabras: la encarnación es el camino que Dios eligió para la salvación” (V. Altaba Gargallo, “La espiritualidad nos anima a la acción caritativa y social”. Caritas Española. Madrid 2012, 35-36).

III.- PROSIGAMOS CELEBRANDO LA EUCARISTÍA

La Eucaristía, sacramento de la muerte y de la resurrección de Jesucristo, nos invita a todos a no crucificar a nadie, a aliviar el dolor de los sufrientes, a bajar de la cruz a los nuevos crucificados.

La Eucaristía nos invita a renovarnos y transfigurarnos cada uno de nosotros según el Hombre nuevo que es Jesucristo. Hombres y mujeres nuevos con la novedad del Espíritu Santo para una humanidad nueva, para un mundo nuevo, para una sociedad nueva, para un universo nuevo... Otro mundo es posible.

La Eucaristía nos invita a participar en la renovación de la sociedad y del mundo para que sean más humanos, más fraternos, más pacíficos, más libres, más abiertos a Dios. No perdamos la esperanza. Que nadie nos quite la esperanza.

Terminamos. Unidos en el Señor.

Cáceres. 9 de marzo de 2015.

Florentino Muñoz Muñoz